

que me canso de recorrer toda la caterva de animales á que dan culto los católicos, no más adelantados, con todas sus infulas de sabiduría en materia teológicas, que los salvajes del interior del Africa ó la Oceanía, que se comen los unos á los otros como aquí sucede con íntegros y mestizos, de que el tiempo andando, sólo quedarán los rabos. Amén.

Y aún adoran á los más viles animals..., dice Salomón, hablando de ellos. ¡Cuestión de simpatías y afinidades! digo yo.

Después de haber hablado tanto y tan bien de los idólatras y de la idolatría, Salomón nos habla de las codornices milagrosas ¡uf!... y del maná milagroso ¡uf!... y de la serpiente de bronce ¡uf!... y de la columna de humo y de fuego del Desierto ¡uf!... y del paso á pie enjuto del mar Rojo ¡uf!... y de mil otras majederías, dislates, burradas y sandeces, que tengo larga y oportunamente ¡anotadas, para risa y entretenimiento de desocupados.

Porque es de saber, que en este *Libro de la Sabiduría*, en que tan al pelo se azotan y vapulean los dioses de las *naciones*, se barbariza de lo lindo acerca del Dios fantástico de los hebreos, una quisicosa que respiraba sin tener narices, ni siquiera figuradas como los ídolos; que andaba sin desgastar los zapatos, en caso de que los usara; que hacía una serie de barbarasadas, y es llamado paciente y misericordioso, que sufría como un cornudo mil una perradas de su pueblo, y es alabado por fuerte y celoso; un Dios-Providencia, en suma, que es un comodín en boca de los necios, para explicar lo que no entienden, del modo y manera que se le antoja á la ignorancia supina é incurable de los teólogos.

Pongo por caso.

¿Llueve á su tiempo y crece el trigo? Pues es la providencia de Dios que bendice y recompen-

sa los afanes del labrador, porque este es bueno, ó si es malo, para darle tiempo á que se arrepienta. ¿No llueve y se lleva la trampa la cosecha? Pues también es la providencia de Dios, que si el labrador es bueno, quiere probarle con un castigo, y si es malo, le castiga para prevenirle y hacerle reflexionar que, fuera de las patatas y las zanahorias, hay un Dios Todopoderoso, que si se le atufan las narices, fabrica un temblorcito de tierra, lo echa todo á rodar y... prepara una rogativa muy productiva á sus presbíteros, para evitar nuevas catástrofes, ó si hay bienandanza, para que esta dure largo tiempo.

Porque el resumen y compendio de toda teología y de todo providencialismo, es este refrán que dice el cura para su sotana, viendo desfilar los animales bipedos sin plumas delante de su altar: *vivos y muertos todos son nuestros*.

Bueno será, sin embargo, que los prebisteros vayan ensayando esta coletilla al refrán: *menos esos tunarras de librepensadores, que saben bien del pie que cojeamos*.

CXIX.

DE «EL ECCLESIASTICO»

Después de escribir con las dos *ces* con que escriben los cultos el nombre de este rancio libro, debería ocuparme inmediatamente de su autor, un Jesús, pero no el Jesús Nazareno á quien mandó dar de azotes Poncio Pilato, sino otro Jesús, hijo de Sirach, de quien no se sabe fuese azotado de mayor; pues de niños, el que más y el que menos hemos recibido lecciones con argumentos maternos en las posaderas.

Pero la cortesía exige de mí, antes que las divagaciones biográficas sobre el judío que escribió *El Eclesiástico*, disculpas por no haber-

le yo comentado á su debido tiempo y tener á mis amabilísimos lectores de estas *Notas* cuatro meses sin su semanal ración de *Santa Biblia* y risas consiguientes.

De ello ha sido causa mi gusto. Y, aunque no debiera añadir razón á tan contundente y libre-pensador argumento, diré, sin embargo, que como el campo teológico tiene tanto que rastrosar, atenciones perentorias de burletas hacia los más empingorotados personajes de la corte celestial, viajes repetidos, ridiculeces monárquicas y parlamentarias, exabruptos clericales y otros desplantes católicos han entretenido mi buen humor, como habrá visto el lector en dos docenas de varios artículos, distrayéndome de la lectura y anotación de la *Biblia*, á la cual vuelvo con el buen propósito que la empecé, de reír y hacer reír en nombre del Espíritu Santo que la inspiró.

Por mucho tiempo se dudó que dicho buen señor de Espíritu Santo se hubiese tomado la molestia de inspirar este libro de *El Eclesiástico*, y los protestantes lo dudan todavía, con tan rabiosa y discretísima saña, que en ninguna de las infinitas Biblias que venden á peseta para descatolización de ignorantes, colocan ellos semejante mamotreto.

Sin duda proceden así porque saben que le escribió un Jesús del tiempo de Ptolomeo Evergetes, mozo que, huyendo de alguna chamusquina, se fué de Jerusalem á Egipto, donde entretuvo sus ocios componiendo este centón, que ni es ley, ni es profecía, ni código, ni tratado de moral, ni chicha, ni limoná. Pero los señores católicos, que tienen una Iglesia y un Pontífice para que les digan lo que deben creer, pensar, sentir y querer, aunque saben que ni los judíos consideran este *Eclesiástico* libro canónico, ni los apóstoles le citaron para nada, ni quizá el Cristo le conoció, le tienen recibido como

inspirado desde que el Concilio de Trento lo decidió por una votación nominal, sin que haya cabezada de burro con bastante roncal para que tirando de él se les pueda desviar de semejante acuerdo, que debe ser después de todo muy bien fundado, pues digo yo que, si el Espíritu Santo no hubiera inspirado este libro y se le hubiese visto atribuido, de algún modo había protestado de la calumnia en los tres siglos que ésta lleva corriendo por el mundo.

El *Eclesiástico* dicen que le escribió en hebreo su autor, el Jesús hijo de Sirach; pero el texto que hoy existe se halla escrito en griego; lo cual explican los católicos diciendo que el original hebreo se perdió después de haberle traducido al griego otro Jesús, nieto del autor, para que le pudieran entender los judíos egipcios, que se habían olvidado en Alejandría de la lengua de Moisés. ¡Datos que comprueban auténticamente la inspiración espíritusantesca de este *Eclesiástico*, por muchos atribuido durante mucho tiempo á Salomón!

El que quiera más pruebas de que las palabras de este libro son palabras de Dios mismo, que las busque en algún puesto de rosquillas de la tía Javiera en la pradera de San Isidro, ó en las anotaciones siguientes.

«Toda sabiduría es del Señor Dios, y con él estuvo siempre y está antes de los siglos.»

«La primera de todas las cosas fué creada la sabiduría y el entendimiento de prudencia ab eterno.»

Por el versículo 1.º se ve que la sabiduría es eterna con Dios; por el segundo se advierte que es cosa creada, la primera de las cosas que Dios creó.

¿Quién me compra este lio, caballeros? ¿Quién me resuelve esta contradicción del señor Jesús de Sirach?

Pues nadie menos que el *Verbo Divino*, que

por vez primera aparece en este libro, debutando con el siguiente versículo:

«La fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios »en las alturas, y su entrada son los mandamientos eternos.»

Este Verbo Divino, estas alturas en que mora y á las que no se sube por escaleras, sino que se entra en ellas por las ventanas de los mandamientos eternos, no son ya un lio, sino tres jerigonzas teológicas, capaces de liquidarles el seso á integros y mestizos, si abandonando prudentemente las fieras batallas en que se debaten al presente, se dedicaran, como les traería más cuenta, á la meditación tranquila de estos embolismos, en que tomaron patrón los bonetes que se tiran á la cabeza.

Aunque, á decir verdad, los que no teniendo cosa útil que hacer se entretuvieron en desentrañarles el sentido, que ni el mismo Don Quijote le desentrañara, concluyeron por tirarse algo más que los bonetes, pues se tiraron mandobles y cuchilladas de muerte, diciendo los unos que el Verbo Divino no fué creado, y otros que era una simple criatura. Católicos se titularon aquellos, arrianos éstos, y, como siempre que entre herejes anduvo el juego, torrentes de sangre inundaron la Europa y miles de crímenes deshonraron la humanidad, no siendo el más pequeño de éstos la sublevación de San Hermenegildo contra su padre el rey Leovigildo.

Entre las lindezas que he copiado, quedaba esta otra lindeza:

«La arena del mar y las gotas de la lluvia y »los días del siglo quién los contó? ¡La altura »del cielo y la anchura de la tierra y la profundidad del abismo quién lo midió?»

Supongo que sólo un mentecato pudiera entretenerse en contar las tres primeras cosas, y por eso nadie las sabe, porque á nadie, como no sea un católico, le importan. Las otras tres, puestas

como las primeras de ejemplo de cosas sólo cognoscibles por el Verbo Divino, las sabemos en el día muchísimos que no tenemos nada de Verbos ni siquiera de participios. Por donde se advierte la vanidad de estos aspavientos, y de donde se deduce la vanidad del resto teológico.

Resto de que envido estos tres versículos.

«Uno es el altísimo Criador omnipotente, y »rey poderoso, y muy digno de ser temido, sentado sobre su trono, y Dios que domina.—El »la crió (la sabiduría) en el Espíritu Santo, y la »vió, y la contó, y la midió.—Y la derramó sobre »todas sus obras, y sobre toda carne, según »su don, y la dió á los que le aman.»

En nombre de la República, protesto de la realza, del trono y demás adinículos monárquicos con que aparece disfrazado el Criador en el primer versículo. De pasar las cosas como dice, las repúblicas existentes habría que declararlas obra del demonio, lo que produciría un conflicto teológico desde que el Papa las ha recibido dentro del orbe católico y aceptado los pesos duros que le traen las peregrinaciones que las mismas le envían. De lo que no protesto es de que el Criador fabricara, cuando bien se le antojase, al Espíritu Santo, y que sobre él, como si fuese un mostrador, contase y midiese á la señora sabiduría. Respecto al derramamiento de ella que hizo en todas sus obras, ya sabemos á qué aternos los que hemos leído aquellas famosas palabras de Víctor Hugo: «Dios hizo al ratón, vió que había hecho una tontería, é hizo el gato.» Además, habiendo en el mundo blancos y negros, y estando probado canónicamente en el *Génesis* que Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza, ¿me querrá decir cualquier cristiano de qué color era el modelo?

Por otra parte, habiendo dado Dios la sabiduría á los que le aman, podemos dormir tranquilos, puesto que siendo el número de los tontos

infinito, resulta que el buen señor escatima la mercancía, y por mucho que le importunen no fabricará muchos sabios católicos.

Otro motivo de descanso.

«Principio de la sabiduría es el temor del Señor, y con los fieles fué criado en la matriz, »anda con las mujeres escogidas y se reconoce »en los justos y fieles.»

Siendo el temor de Dios principio de la sabiduría, y siendo éste criado en la matriz con los fieles, ¿a qué esas tonterías de las universidades y esas bobadas de los institutos?—El que ha de ser sabio ya lleva la sal de la sabiduría desde la cuna, y si se olvidó Dios de ponérsela en la matriz, por mucho que asista á las escuelas de tauromaquia, jamás llegará á ser un buen presidente de Sala.—Conque, ¡oh jóvenes incautos! que os quemáis las cejas sobre los libros de texto, apagad la vela y tumbaros en vuestra cama á la bartola, el mundo católico está regido por la predestinación, y en él, y con ella es estúpido empeñarse en ser tal ó cual cosa á vuestra voluntad. Lo que hayáis de ser, ya está escrito, ya está puesto por Dios en la matriz de vuestras madres, y si habéis nacido para ochavo, jamás pasaréis á piezas de perro chico.

Pues que, ¿habíais creído que érais libres, y que merced á los esfuerzos sistemáticos de vuestra aplicación llegaríais á médicos, abogados ó generales?—¡Ah bobalicones!—Leed y medita ese versículo del *Eclesiástico*, y... si os parece, como á mí, una de tantas majaderías teológicas, tirad el libro por la ventana y estudiad cosa de más provecho, renegando para siempre de la teología que tales infundios trae aparejados en la *Santa Biblia*.

CXX

Continúo leyendo el primer capítulo del *Eclesiástico*, y veo:

«El temor del Señor es la religiosidad de la ciencia.»

¡La religiosidad de la ciencia! He aquí una gran palabra, la primera que encuentro digna de meditación seria en la *Santa Biblia*.

Porque, dejando á un lado aquello del temor de Dios, que es el miedo naturalísimo del hombre débil ante el universo infinito, preñado por todas partes de peligros para la infeliz criatura humana, esta frase, la religiosidad de la ciencia, une dos ideas, la ciencia y la religión, destinadas en lo porvenir á ser una sola y misma idea, quiero decir, que entre los hombres racionales la única religión posible, el tiempo andando, será la ciencia. De esa religión, yo, que de todas las otras religiones soy ateo, me declaro el primer creyente, entre tanto que aparece el cuerpo de los apóstoles que la han de esparcir por todos los ámbitos del mundo.

Y añade:

«La religiosidad guardará y justificará al corazón, dará alegría y gozo.»

¿Entiendes la religiosidad como dejo apuntado en la nota anterior? Pues estamos perfectamente de acuerdo: la ciencia guarda y justifica el corazón; la ciencia da alegría y gozo, más gozo y más alegría, por supuesto, que todos los villancicos que se cantan por Nochebuena en las iglesias, entre los cuales tengo oídos algunos que harían torcer el gesto á los santos, si, por fortuna, éstos no fueran de madera, cartón, piedra, yeso, ó materia poco á propósito para hacer jeringas con la cara.

Además, digo que, aun siendo cierto lo apuntado, hay que contar con la huéspeda de los temperamentos y humores de cada cual, pues toda la ciencia del mundo y la religiosidad consiguiente no le libran á un bilioso que trae revuelto el hígado de padecer melancolía, ó tener el genio irritable. No hay nada absoluto en este

mundo, y sabios ha habido en él, y los hay, que viven aburridos, así como frailes muy místicos que han concluído por ahorcarse, colgando sus maceradas carnes de las vigas de sus celdas, á causa de no poder sufrir el mal genio de su abad. Estos suicidios, que pudiéramos llamar nefandos, son hoy bastante raros, gracias á Mendizábal que echó abajo los conventos. Porque no hay duda: la mejor receta para que una determinada clase no cometa abusos, es suprimir dicha clase: al menos éste fué el criterio del famoso general Castillo con los sargentos primeros del ejército. Hoy podrá sublevarse un general, un teniente, un mayor de plaza, el pito de una banda, cualquiera, en fin, menos un sargento primero, por la sencilla razón de que no los hay. Si mañana, pongo por caso, D. Francisco Pi suprimiera los presbíteros del presupuesto, declarando libre el oficio, como ha prometido á última hora en Talavera, ¿podría nadie en justicia quejarse de lo caras que le salieran las misas? No, puesto que, como habría de ajustaslas previamente, si no le acomodaba el precio, con no mandarlas decir asunto concluído,

Algunas sentencias más de este primer capítulo me permitiría comentar, pero ni ellas lo reclaman de una manera perentoria, ni yo estoy de humor de meterme en dibujos comentaristas, habiendo, como hay, fiscales en acecho de la más inocente pulla teológica, para dar con estas NOTAS en los rincones de un juzgado de instrucción.

Entre dos muelas cordales, nunca metas los pulgares, dice el refrán. Y muelas cordales son los señores fiscales de imprenta fusionistas, celosos defensores de la integridad de la palabra divina y de la respetabilidad de la Iglesia triunfante, que allá en el emperio goza de la presencia de la divina majestad por tiempo ilimitado, mientras que los buenos de los barceloneses hu-

bieron de contentarse con veinte días no más de gozar la presencia de la majestad católica de doña María Cristina de Hamsburgo Lorena, cuando allá fué á abrirles la Exposición.

No están los tiempos para floreos. Parece que hay un artículo en la Constitución que consagra la libertad de conciencia y otro que asegura á todos los españoles la libre emisión de su pensamiento. Pero, ó yo no soy español, ó la Constitución es letra muerta en la fiscalía de imprenta fusionista, cuando los propios conceptos, quizá las mismas palabras que escribí mandando Cánovas sin tropezar en ningún artículo del Código penal, me se enredan ahora que manda Sagasta en el famoso artículo 240, que trae aparejada la prisión correccional. Verdad es que D. Práxedes anda al presente exhibiendo su tupé en tierra de Cataluña, ocupado á lo que parece, no en leer los periódicos, sino en escribir comunicaciones al Congreso, con tan enrevesada sintaxis como la que empleó un tiempo en los sueltos de *La Iberia*, y que probablemente no sabrá lo que hacen sus fiscales de por acá conmigo. Por si así fuese, yo me permitiré dirigirle por conducto seguro los números denunciados, señalándole los párrafos delincuentes y pidiéndole su parecer masónico sobre la congruencia de estas denuncias, para que si lo estima prudente, recompense con el ascenso inmediato al fiero enemigo de mi tranquilidad que subraya de rojo mis criticas, trayéndome y llevándome al juzgado en vindicación de un judío alejandrino cuyos huesos sabe Dios dónde andarán, después de veinte siglos largos que hace se le separaron los unos de los otros.

Quizá D. Práxedes haga de mis justas quejas el mismo caso que de las coplas de Calainos; pero de algún modo he de convencer yo á las gentes de lo que yo estoy convencido, es á saber, que entre Cánovas y Sagasta no existe otra diferencia sino la de que D. Antonio pega y

gruñe, mientras que D. Práxedes pega y se ríe.

El último que ríe, dicen los franceses, es el que ríe de mejor gana; y como yo tengo la seguridad de reirme de la cara que pondrán los fusionistas algún día, cuando, echándoselas de liberales, reclamen perentoriamente el poder y les mostremos las NOTAS denunciadas por sus fiscales, en prueba de que su liberalismo es una pura farsa, de aquí mi paciencia ante los exabruptos ultramontanos de que vengo siendo víctima propiciatoria, diciéndome á mí mismo estas palabras del Espíritu Santo en los versículos IV y V del segundo capítulo de este libro de *El Eclesiástico*, que tengo entre manos:

«Todo lo que te fuese aplicado, recíbelo: y en el dolor aguanta, y en tu humildad ten paciencia: porque en el fuego es probado el oro y la plata, mas los hombres aceptables, en el horno es de la humillación.»

Y diciendo á la fusión estas otras del propio Santo Espíritu en el versículo XIV:

«Ay del que es de corazón doble, y de labios malvados, y de manos malhechoras, y del pecador que va sobre la tierra por dos caminos.»

¡Alcolea! ¡Sagunto! ¡Estáis acaso sobre la misma carretera en la geografía sagastina?

CXXI

En los primeros XVIII versículos, el libro del *Eclesiástico* se ocupa de inculcar en los hijos el respeto y la obediencia á sus padres; cosa que me parece muy bien y de mucha oportunidad en estos tiempos de la restauración borbónica, caracterizada por una *flame comania* estúpida y cruel, en que los señoritos se pirran por achulaparse, según el patrón célebre de Algete, armándole cada bronca á los papás, que tiembla el firmamento, por mor de pesetas para manzanilla, y dándole de vez en cuando una puñaladita á las mamás, en demanda de cuartos para entretener

billetteras, fosforeras, ramilleteras y otras damiselas de la propia estofa, en imitación de duques célebres y marqueses averiados.

Ciertamente que estos consejos de *El Eclesiástico* son buenos, pero cursilones también, resaltando entre ellos la epifonema con que rematan, muy superior á los consejos mismos, y que resume cuanto en todo tiempo y lugar puede y debe decirse en este punto interesantisísimo de padres é hijos.

«¡Cuán infame es el que desampara á su padre, y es maldito el que exaspera á su madre!»

Eso mismo digo yo, sin ser el Espíritu Santo, ni un santujo cualquiera, ni tan siquiera un teologuillo á lo Perrone. Infames y malditos los hijos malos; pongo por caso: el rey Fernando VII, que conspiró contra su padre Carlos IV; el príncipe San Hermenegildo, que se sublevó contra su padre el rey Leovigildo; una caterva de santos del Santoral, que exasperaron á sus madres, dejándolas plantadas por irse á comer yerbas á los desiertos y ganarse el paraíso á disciplinazos; el emperador Nerón, que mandó matar á su madre, y otros muchos reyes, emperadores, sultanes, czares, burgraves, duques, margraves, archiduques y aristócratas de menor cuantía, que hicieron mil y un perradas á sus padres por heredarlos antes de tiempo.

«Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios.» Copio este versículo para ilustración de dos especies de tontos; la especie que canta la originalidad del Evangelio y dice que antes de él nada grande se había escrito en el mundo respecto á moral, y la otra que adula á los príncipes de la Iglesia, que tiesos y cuellerguidos, pasan por esas calles de Dios vestidos de obispos y cardenales, salpicando á los transeuntes con el lodo que levantan las ruedas de sus suntuosos carruajes.

«No busques cosas más altas que tú, y no es-
cudriñes cosas más fuertes que tú: mas las que
»Dios te mandó, piénsalas siempre, y en muchas
»de sus obras no seas curioso.» El que escribió
estas palabras sabía lo que se pescaba. Se dice
al pagano del presupuesto del culto y clero: ami-
go mío, no te metas en honduras de dogmas y
misterios, de cánones ni disciplina; contentate
con saber de memoria el padre Ripalda, y paga;
de lo demás ya se ocupa la Iglesia, incluso de
gastar el dinero que la das del modo más con-
veniente á sus presbíteros.

No es mal sastre el que conoce el paño, ni mal
teólogo el que aconseja á los fieles poca curiosi-
dad. Burros de reata: he aquí la gente útil y pro-
vechosa para las milicias de las religiones
todas.

«Hijo, no defraudes la limosna del pobre, y no
»apartes tus ojos del pobre.»

No defraudes la limosna del pobre... ¿No de-
fraudes?... pues qué, ¿acaso el pobre tendrá de-
recho á la limosna del rico? Si esto ha querido
decir el Espíritu Santo, quizá lleve razón, aparte
lo de *limosna*, que es término malsonante cuan-
do se trata de derecho. Porque digo yo, como
cualquier otro que tenga sentido común, que
cuando un hombre tiene hambre de tres días y
se encuentra con otro hombre que tiene pan so-
brante para tres días, no sólo tiene derecho á co-
mer de este pan, sino que si su dueño se lo nega-
ra, tiene también derecho á quitárselo. Y quien
dice pan, dice otra cosa comestible, ó bebestible.
ó propia para quitarse el frío. Y no me venga al-
gún mentecato con que esto es la santificación
del socialismo ó del comunismo: lo único que yo
hago es comentar al Espíritu Santo, que escribió
no defraudes la limosna del pobre, y sacarle
punta á aquel refrancillo, puramente demagógi-
co: lo que hay en España es de los españoles,
por más que en España hay muchas cosas, la

Monarquía y la Iglesia entre ellas, en que maldi-
ta la parte que tenemos, ni queremos tener, mu-
chos cientos de miles de españoles.

El otro término del versículo, *no apartes los
ojos del pobre*, le tengo por una amplificación
tonta y majadera. ¿Tener siempre los ojos fijos
en los pobres! ¿Pues cuándo íbamos á mirar las
ricas hembras, que tantísimo gusto da ver cómo
van barriendo con las colas de sus vestidos de
seda las aceras de la calle de Alcalá, ó las al-
fombras de los confortables salones?

No respetes á tu prójimo en su caída. Mucho
comentario necesita este versículo para no decir
una canallada, como esas de: al prójimo contra
una esquina, del árbol caído todos hacen leña, y
tantas otras como estereotiparon en nuestra her-
mosa lengua nuestros católicos abuelos, que la
inventaron y pulieron. Hácelos el Padre Scio,
con muy poca fortuna por cierto; pero no soy yo
quien debe pedirle cuentas, sino Jesús, el hijo de
Sirach, que tan rapada dejó esta sentencia en su
Eclesiástico.

«No seas en tu casa como león, aterrando á
»tus domésticos y oprimiendo á tus súbditos.»

Cascarrabias del hogar, ojo con el Espíritu
Santo: ya veis que tiene noticias de vosotros, y
que os sentará las costuras.

*No esté tu mano extendida para recibir y es-
condida para dar*. Esto debió profetizarlo Jesús
de Sirach á cargo de D. Práxedes Sagasta, siem-
pre con el brazo alargado para atrapar el poder;
pero en cuanto á dar las prometidas reformas del
sufragio universal, del Código civil, etc., ¡que si
quieres! ¡á la mano cerrada la llamamos puño!

El capítulo V le emplea *El Eclesiástico* en unas
cuantas vulgaridades acerca de la vanidad de las
riquezas, sobre la cordura en las deliberaciones y
firmeza en lo resuelto, y en aconsejarnos que no
seamos chismosos, cosas todas de clavo pasado
y que huelen á puchero de enfermo. En el VI di-

vaga sobre los amigos, que ya en tiempo de Jesús de Sirach solían dar petardos, lo mismo que en nuestros días, y vuelve á la carga de persuadir al lector que sea sabio, cosa que el que más y el que menos desea, pero á la cual, mejor que á otra cualquiera, se aplica aquello de que no todo lo que se quiere se consigue.

Dígalo cierto marqués, amigo mío, y católico de chapa, como conviene al esplendor del marquesado, que con la mayor afición del mundo á la geometría, nunca ha podido explicarse satisfactoriamente, que los tres ángulos de un triángulo chico valgan los mismos dos ángulos rectos que valen los tres ángulos de un triángulo grande.

Pasemos, pues, adelante,

Constituyen el capítulo VII un conjunto de sentencias de observación social, no malas, pero muchas de ellas mejor dichas en castellano limpio y corriente que en la enrevesada traducción canónica.

Por ejemplo; dice el Espíritu Santo:

«Hijo, no siembres maldades en surcos de injusticia, y no las segarás en el siete tanto.»

Y dice con más elegancia nuestro pueblo:

Quien siembra vientos recogerá tempestades.

Dice la *Biblia*:

«No quieras mentir mentira alguna, porque la continuación de ella no es buena.»

Y dice el refrán castellano:

Antes se pilla al mentiroso que al cojo.

Dice el Libro Santo:

«Tienes, tú, ganados? cuidalos; y si son provechosos, perseveren en tu poder.»

Y dice el castellano viejo:

El ojo del amo engorda el caballo, y el que pone tienda, que atienda.

Dice la sabiduría revelada:

«Tienes, tú, hijas? guarda sus cuerpos.»

Y dice la sabiduría popular y republicana, sin mezcla alguna de teología:

Madre é hija, en una misma cobija. La mujer honrada la pata quebrada.

Por donde puedes ver, lector discreto, que para el viaje de pensar bien y hablar mejor, no necesitamos los españoles las pesadas alforjas de la *Biblia Sacra*; y de aquí mi afán por persuadirte á que cuelgues las tales alforjas de un clavo de tu chimenea de campana, para que se vayan ahumando.

CXXII

En tono sentencioso y un tantico petulante con-signa *El Eclesiástico* en su octavo capítulo algunas reglas de buen vivir en este pícaro mundo de músicos y danzantes, reglas que con mucha gracia y mucho acierto llama un amigo mío: «preceptos de mundología parroquidérmica.»

Véase la clase, puramente clerical:

«No resistas en su cara al ultrajador, porque no esté como acechador de tus palabras.» Curas hay, en efecto, que han ido por lana y volvieron trasquilados, si dieron con alguno que les cantó las cuarenta del ama, la sobrina, y otros excesos.

«No des á usura á hombre más poderoso que tú, porque si lo dieres, tenlo por perdido.» Esto no reza con los presbíteros, que dar á usura, si dan; pero amarrar al deador, también le amarran con hipotecas que valgan dos tantos que el préstamo y la usura. Allá, en Santander, sin ir más lejos, conozco yo uno que es un sátrapa en *infundios* de esta clase.

«Con el atrevido no vayas á un lugar solitario, porque para él es nada la sangre, y te destrozaré, cuando no haya quien te socorra.» Si hubiera tenido presente este consejo del Espíritu Santo la infeliz criada del cura de Zugundez, en tierra de Burgos, quizá su amo no la hubiera asesinado y enterrado en varios sitios para despistar á la justicia. Con que ojo, doncellas, al quedarse á solas con los presbíteros en lugares solitarios.

«No manifiestes tu corazón á todo hombre...»
Exegesis de Expronceda, en boca de un viejo bandido:

Lo que guardes en tu pecho
Ni á tí propio lo confies.

Continúa en el capítulo noveno el curso de *mundología*, en que recojo las siguientes aprovechables lecciones:

«No seas celoso de la mujer de tu regazo, porque no descubra contra tí la malicia de tu mala doctrina.»

Es lo que dice, pero infinitamente mejor dicho, la antigua y conocidísima copla:

No me seas celoso.
Porque si lo sé,
A la sombra de un palo
Te la pegaré.

¿Quién dirá, después de esto, que los señores profetas no conocían admirablemente á las mujeres? Aunque, por desgracia, tanto las de los celosos como las de los confiados, suelen, si les da el naipe por ello, coronar á sus maridos, y no de mirtos ni adelfas.

«No des á la mujer poder sobre tu alma, porque no se levante contra tu autoridad, y quedes avergonzado.» Más breve y expresivo: no seas calzonazos.

«No frecuentes el trato con la bailarina.» Amigo X, no te lo digo yo; te lo dice el mismo Espíritu Santo, de quien tú no haces maldito el caso, cosa que comprendo perfectamente en tu buen gusto. Lo que no comprendo es que tan pronto llegue esta nota á conocimiento del cuerpo de baile de nuestro teatro de la Opera, no nombren las buenas mozas que le componen abogado y procurador para querrellarse del dicho *Eclesiástico*, que tales dichos de ellas dice.

«No pongas los ojos en la doncella.» (¿En quién querrá que se pongan? ¿En la que no lo sea? ¿Pues alguna vez lo habrá sido!) «porque no tropieces

en su belleza.» (¡Doncella y guapa! Pues con esas son las que me recomendó mi abuelo tropezar.)

En este precepto no está el Espíritu Santo á la altura de su fama. Más que él entendía la materia cierto cura navarro, buen mozo, de muchas libras, rico y jaquetón, que todos los años tomaba criada nueva á la entrada del invierno y la despedía á la salida de la primavera, perfectamente arreglada de cuanto pudiera hacerle falta para transformarse de ama de cura en ama de cría. Es fama que la última recomendación que solían las madres hacer de las hijas que le presentaban en solicitud del puesto vacante, solía ser esta:

—Mire usted, señor cura; la chica es una alhaja: además de saber cuanto le he dicho, es una malva, una infeliz, una verdadera doncella.

—Luego lo veremos, luego lo veremos, diz que el cura decía, y no mentía, dándole palmaditas cariñosas en la espalda á la candidata, á quien estas palmaditas servían de credencial de ingreso en el servicio doméstico del aprovechado presbítero.

«Con la mujer de otro no estés jamás de asien-to, ni te recuestes con ella de codo. Y no alterones con ella el vino, no sea que tu corazón se incline á ella, y con tu sangre caigas en perdición.»

Copio esta máxima en beneficio de los casados, por si ella sirve para contener á algún soltero. Eso iría ganando la confradía de San Marcos.

Del capítulo décimo entresaco estas máximas: «La potestad de la tierra está en mano de Dios» (no entro ni salgo en esta bobada), y él levantará á su tiempo á quien la gobierne útilmente. (Alto aquí, camarada).

«Levanta Dios á los que gobiernan! Pues mal haya la hora en que levantó á tanto canalla como ha gobernado, digo, desgobernado á los hombres.

Bien pudiera haberse entretenido en fabricar puchereros de Alcorcón las horas que empleó en levantar á Tiberio, Caligula, Nerón, Sardanápalo, Atila, Genserico y tantos otros miserables coronados. ¿Levantó á Washington? Pues callen esos mamarrachos catolizantes que dicen es más pecado ser liberal que asesino, puesto que, si la autoridad republicana viene del cielo, cuando á la República escupen, en la cara les cae la saliva. Digo, en el caso que sea saliva lo que escupen esas bestias con solana, que semejantes despropósitos escriben, y á las cuales Carlos Chapa está marcando en el anca con una *E*, que quiere decir *excomulgadas*, antes de soltarlas en las plazas donde han de ser rejoneadas á la alta escuela. Porque, no hay duda alguna: el cielo benigno nos prepara á los republicanos españoles, juntamente con una tercera guerra civil, el edificante espectáculo de ver á los carlistas inquisitoriales llevados á la hoguera por los carlistas que no quieren la Inquisición. ¡Habrà que reír!

«No hay cosa más detestable que el avaro. No hay cosa más inicua que el que ama el dinero.»
 ¡Y el que esto ha escrito era un judío! ¡No es mal sastre el que conoce el paño!

«No quieras despreciar al hombre justo pobre, ni quieras engrandecer al hombre pecador rico.»

Muchos siglos lleva escrita esta palabra. Mientras haya católicos y monárquicos en el mundo, escribirá seguirá, pero practicada... ¡que si quieres! ¡Malos entierros que hacen los curas á los ricos, por pecadores que hayan sido en vida! En cuanto al pobre, por justo que fuese, al hoyo grande... sin caja... y sin responsos; que el abad de lo que canta yanta.

Del capítulo undécimo. «No alabes al hombre por su bello aspecto, ni desprecies á alguno por lo que aparece.» Está bien, pero mal dicho.

Mejor expresado: debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor.

«Por aquello que no te molesta no porfies.» Lo que no has de beber, déjalo correr.

«Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios.—La sabiduría y la disciplina, y la ciencia de la ley también son de Dios.—La caridad y los caminos de los bienes son de El mismo.» Caballeros; siendo esto así como debe ser, pues lo dice la *Biblia Sacra*... tumbémonos á la bartola, que lo que ha de ser, será; y si Dios, en su infinita sabiduría, tuviese decretado que Salvá y Salvany, el curita aquel de *El Liberalismo es pecado*, muriese achicharrado en las hogueras de la Inquisición que trata de restaurar, ya se encargarían Carlos Chapa y *La Fe* de darle por el gusto.

«Persiste en tu pacto, y habla en él de continuo, y envejece en la obra de lo que está mandado.» ¿Pacto dijiste?—Pues traslado á D. Francisco Pi y Margall, para que vea de casar el suyo sinalagmático y conmutativo, con separación de la Iglesia del Estado, y este otro pacto del Sinai que todavía nos cuesta 45 millones de pesetas todos los años á los españoles que nada pactamos allí ni aquí, que yo sepa.

«Porque cosa fácil es delante de Dios enriquecer de repente al pobre.» ¡Y tan fácil! Una vuelta afortunada del bombo de la lotería en día de Navidad basta... y sobra. Lo que sobra, por supuesto, es el bombo, entre otras mil y una razones de moralidad pública, por la razón puramente riofranquina de que yo juego... y no me cae.

«Recibe en tu casa al extranjero, y te trastornará con torbellino, y te enajenará de lo que es tuyo propio.» Mejor y más conciso: de fuera vendrá quien de casa te echará: que es lo que le ha sucedido á unas señoritas nacionales que yo me sé y me callo, á quienes una extranjera que trajeron á su casa, ha puesto de patitas en la calle, interin á la extranjera misma le llega el turno; que le llegará.